



DEMISIONES

Moina (Goajira Venezolana), 20 de setiembre de 1939.
R. P. Jesús V. Valdés.
Caracas.

Mi querido Padre Valdés:

Desde estos médanos goajiros, a donde he venido con el propósito de hacer un recorrido por todos los confines de este abrupto jirón de la Patria, todavía habitado por la raza primitiva de los días de Colón, se me ocurre escribirle una carta para narrarle algo de estas tierras y de estos indios abandonados de toda civilización.

En estas soledades, rodeado de estos desafortunados compatriotas, lejos del trato de gentes civilizadas, parece como que siento que Dios se me acerca más, que su presencia se hace más íntima y visible. Ahora comprendo el afán de los varones apostólicos por retirarse de las grandes ciudades, de la compañía de los hombres, para esconderse entre infieles e irse muy "lejos del mundanal ruido" a conquistar almas para Cristo... Y es que en el campo misionero, entre rancherías de indios, como los que ahora me rodean, el corazón del sacerdote se ensancha, dominado por dos fuerzas opuestas: la alegría y la tristeza. Y bien pudiérase decir que hay alegrías tristes y hay tristezas alegres en el alma del misionero.

Alegria, por encontrarse en un ministerio verdaderamente apostólico. Es el caso de Jesucristo y sus primeros discípulos anunciando la Buena Nueva a gentes que no conocían nada del Reino de Dios. Cuando se ejerce el ministerio en pueblos cristianos, entre fieles piadosos, como que no se palpa tan al vivo la finalidad de la misión sacerdotal.

Y tristeza... porque no es posible ser indiferente al ver multitudes de almas, para quienes también vino Jesucristo a la tierra, incapacitadas, por la ignorancia y por la falta de predicadores del Evangelio, de alcanzar la felicidad del cielo, como si no estuviesen también ellos destinados a él. Pobres almas!

"Mucha miés y pccos operarios", hay que repetir muchas veces ante el cuadro de goajiros sin vida cristiana, que están diseminados por esta desafortunada región.

Y no es que estos aborígenes estén en su primitivo estado de salvajismo, no. Ellos, el noventa por ciento han recibido el bautismo. Pero se preocupan por el bautismo y nada más. Siguen en la misma vida de piacherías y costumbres primitivas. Bien pudiérase decir que el bau-

tismo lo solicitan por los bienes que esperan del compadre. En toda emergencia, ahí está el compadre que saque la cara para favorecer al ahijado y a los compadres.

En cada ranchería me veo rodeado de indios pequeños. Los mayores permanecen retirados, pero en observación. Les reparto medallas y estampitas, les hago alguna explicación de doctrina por medio de algún intérprete y da gusto cómo a cada enseñanza sueitan enormes carcajadas de risa. Todo les impresiona vivamente y así no paran de reír y de hacer sus comentarios sobre lo que se les dice de Dios y de la verdadera fe.

Había repartido las últimas medallas, cuando se me acerca un indio de aspecto resuelto y me dice: "Quiramá Mareigua!"

Me decía que le diera una medallita de Dios. Se la di y le dije que se la prendiera al cuello para que Dios lo salvara. Se la hice besar, a lo que todos prorrumpieron en gruesas carcajadas, al ver que yo besaba la medallita para enseñarlos. El indio no entiende de besos. Luego les hablé del bautizo y en seguida les bauticé unos ocho indiecitos.

Una india muy ladina se me acerca y me dice que ella era cristiana y había hecho su Primera Comunión con los capuchinos de Colombia. Me pedía que le confirmara dos hijitos.

—"Yo no puedo confirmar, les respondí. Eso lo hace el Sr. Obispo, el jefe de nosotros los sacerdotes". Y le insté a que fuera al Obispo Capuchino de la Goajira Colombiana para que los confirmara.

—"¿Y por qué Venezuela no tiene Obispo?" me dice la ladina goajira.

—Sí tiene Obispo. Pero la Goajira no. Se está trabajando para traer capuchinos a la Goajira Venezolana y entonces tendrán ustedes Obispo que los confirme.

—"Yo soy venezolana, pero mejor Colombia. Colombia cuida indio, da comida, rancho, coje hijos nosotros y pone cuela... Yo nunca veo capuchino, no veo Obispo Goajira venezolana, tiene miedo indio nosotros. Vos venís, no soís capuchino, no tenéis cuela..."

Ese estoraque me endilgó la astuta goajira, a lo que yo correspondí con risa y alguna explicación.

Pobres indios, si las Misiones no llegan pronto a salvarlos de tantas calamidades como les rodean. Para ellos no hay ni siquiera la inscripción civil en los registros de

MISIONES

las jefaturas. Y es un conflicto para el Cura de la Goajira que esto escribe. Hay una ley eclesiástica que me obliga a inscribir el acta del bautismo de cada criatura que se haga cristiano. Pero hay una ley venezolana que me prohíbe escribir esa acta si no se presenta el certificado de que el niño está inscrito en el registro civil. De modo que es conflicto que se ha venido a plantear en la Goajira y en muchos lugares en donde se bauticen indios, bautizándolos sin la boleta civil, pero sin anotarlos en los libros de la iglesia. De modo que no quedan inscritos ni como cristianos, ni como venezolanos. . .!

Fonga este caso, Padre Valdés, al profesor de Teología moral del Seminario. Pero que no se salga por la tangente: que se sitúe en el terreno de la práctica. Que no me cite ni a Regatillo, ni a Ligorio, ni a Noldin, ni a Veermersch. . . ni a ninguno de esos venerandos moralistas y canonistas que no han venido a América ni a la Goajira.

Y en fin, que estos indios con un poco de atención y de buena voluntad y de dinero, pronto saldrían del estado triste en que se encuentran.

Termino esta carta porque ya viene la noche y de seguídas hay que echarse al chinchorro. Dormimos pronto y esa es la costumbre del indio, pero ya a las cuatro de la mañana o antes también, comienzan a hablar y a reírse. La primera madrugada que me sorprendió entre indios, desperté creyendo que oía una estación de radio. Y a la verdad que no sería menos interesante transmitir una hora de conversación de estos indios con sus enormes ri-

sa, que las tantas indecencias que se oyen de muchas estaciones venezolanas.

Y más no escribo porque tampoco hay luz; que una velita traigo en mi maleta, pero vaya usted a prenderla, con el viento huracanado que hace en estas costas goajiras, sin un escondite que la ponga a salvo de apagarse. Y si no hace este fastidioso viento, peor para mí! que entonces serán no auras que acaricien sino espesas nubes de zancudos grandes como elefantes y negros como fantasmas. Porque estos no son ranchos que se diga. Ni siquiera merecen los honores de tan modesto nombre. Al rescoldo de un árbol entierran unos palos y del lado por donde ataca el viento, allí colocan unos pedazos de trapo, esteras y ramos y palmas. Esa es la casa. Y por techo, el pabellón celeste, que en estos casos no es nada benigno así esté tachonado de brillantes estrellas como se lo imaginan algunos poetas necios.

Bien sé que aunque largo, me leerá con gusto, por tratarse de narraciones típicas de la Goajira, que sé que las leerá a sus seminaristas, en cuyas almas de futuros sacerdotes arde la llama de los más nobles sentimientos de amor por la salvación de las almas y por la obra de las Misiones.

Siempre amigo e indio misionero que al mismo tiempo tengo el gusto de adjuntarle esas fotos de indios.

Se llama su amigo,

Julio C. Faría M.
Cura de Sinamaica y la Goajira.

MUEBLES

para todos los gustos:

de COMEDOR

CUARTO

FUMOIR

CORREDOR

Muebles para escritorios

Visite la exhibición donde encontrará variados y bellos modelos. Calidad garantizada. Precios al alcance de todos.

J. F. BLASINI

Veroes a Ibarra 1 - 2

Teléfono 8639

